

Domingo 11: El Nombre de Jesús

Preguntas y Respuestas 29-30

Lectura: Mateo 1:18-25

Salterios:

Primero: 241:1,2,5

Segundo: 110:1

Tercero: 200:1-3

Cuarto: 15:2,3

Último: 196:1,2

Querida congregación,

Quizás hayan escuchado acerca de ese viejo pastor a quien le preguntaron cómo fue convertido. Él dijo: “Puedo ser breve en contarlo. El Señor hizo algo, y yo hice algo.” Cuando vio las miradas atónitas de su audiencia, explicó a qué se refería: “El Señor me atrajo, y yo me opuse a Él. Luché contra de Él, pero Él fue más fuerte, y tuve que perder la batalla. Fue el día más bendito de mi vida cuando eso sucedió.”

Cada hijo de Dios admitirá fácilmente que esta es la historia de su vida: “El Señor me atrajo, y yo luché contra de Él.” Cuando Dios nos convierte, encuentra total oposición en nuestro corazón y vida. Incluso un pecador angustiado, que está cargado y afligido por sus pecados, que se sabe perdido ante sus propios ojos y que no puede hallar a Dios, que ha sido puesto ante la brecha entre el Señor y su alma —incluso un pecador así se aferra con sus últimas fuerzas a algo que jamás podrá servir de fundamento para la eternidad. Al principio, él busca la salvación en sí mismo, en sus buenas obras, o en el cambio que ha tenido lugar en su vida. Cuando es despojado de sus obras que son como trapos de inmundicia y nada más, busca la salvación en sus lágrimas y emociones. Y cuando incluso ha perdido sus emociones y lágrimas, él espera que, algún día, las cosas mejoren para él. En resumen, hace de su religión legalista un fundamento para la eternidad. Todavía es un gran enemigo de la gracia libre y soberana. Ahora bien, ¿qué hace el Señor? Donde Él ha comenzado la buena obra de Su gracia, allí Él la perfeccionará. Mostrará a tal pecador cada vez más su condición. Dios lo hará salir de todos sus lugares de escondite y lo hará postrarse a Sus pies. Entonces llega el momento en que el Señor abre los ojos de tal pecador verdaderamente perdido para que contemple la gloria de Cristo, el Hijo de Su amor eterno, y la misericordia que se revela en Él.

Oh, congregación, entonces se ve una riqueza tan maravillosa en Cristo —en Aquel que es el Hijo unigénito del Padre y que se convirtió en el Hijo de María. Estas son las riquezas de las cuales el evangelista Mateo nos habla en el capítulo que nos ha sido leído, riquezas que todos nosotros

necesitamos. Nuestro Catecismo de Heidelberg revela estas riquezas ante los ojos de un pobre pecador que ya no sabe cómo ha de ser salvo.

Vamos al Domingo 11 donde podemos escuchar sobre “Dios el Hijo y nuestra redención”. Primeramente, leeremos juntos las Preguntas y Respuestas 29 y 30. Que el Señor nos guíe y nos conceda luz y honestidad al considerar el Domingo 11.

Pregunta 29: ¿Por qué el Hijo de Dios es llamado Jesús, que significa Salvador?

Respuesta: Porque nos salva y libra de todos nuestros pecados, y porque en ningún otro se debe buscar ni se puede hallar salvación.

Pregunta 30: ¿Creen pues también en el único Salvador Jesús aquellos que buscan su salvación en los santos, o en sí mismos o en cualquier otra parte?

Respuesta: No; porque, aunque de boca se gloríen de tenerle por Salvador, de hecho, niegan al único Salvador Jesús: pues necesariamente resulta, o que Jesús no es perfecto Salvador o que aquellos que con verdadera fe le reciben por Salvador tienen que poseer en Él todo lo necesario para su salvación.

El Domingo 11 habla de:

El Nombre de Jesús

1. Este Nombre es llevado por el Hijo de Dios
2. Este Nombre es amado por los pecadores
3. Este Nombre es negado por los “cristianos de boca”

Repito: El Nombre de Jesús es, en primer lugar, llevado por el Hijo de Dios. En segundo lugar, este Nombre es amado por los pecadores. Y, finalmente, es negado por los “cristianos de boca”.

Primer pensamiento. El Nombre de Jesús es llevado por el Hijo de Dios.

Congregación, en los últimos dos Domingos del Catecismo hemos escuchado acerca de Dios el Padre, el Todopoderoso, el Creador del cielo y de la tierra. Ahora llegamos a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, a saber, el Hijo de Dios, y el asombroso milagro de la redención en Él. Debemos mantener estas dos cosas juntas: la fe en Dios el Padre y la fe en Dios el Hijo. Es cierto que un pecador que ha sido llevado a ver su condición no se da cuenta de quién es Jesús en Su Persona y obra. Incluso los discípulos entendieron muy poco de ello después de tres años de instrucción en la escuela de la gracia. Horas antes de Su muerte, el Señor Jesús tuvo que amonestarlos: *“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí”* (Juan 14:1).

Eso es lo que todos debemos aprender. Fuera de Cristo no hay comunión con Dios. El Señor Jesús dice: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”* (Juan 14:6). Por eso el Catecismo —a partir del Domingo 11 en adelante— comienza a señalar a Dios el Hijo y la redención que hay en Él.

El Domingo 11 apenas abrirá este glorioso tema. A medida que continuemos semana tras semana, escucharemos más sobre Su Persona y Sus cuatro Nombres. También escucharemos sobre Sus estados: el estado de Su profunda humillación como el Siervo sufriente del Señor y el estado de Su exaltación como el Cristo resucitado, que ahora está sentado a la diestra de Su Padre. Que el Señor conceda Su luz mientras lo consideremos. Que nos conceda oídos abiertos, y, sobre todo, un corazón abierto y un ojo espiritual para que podamos ver por fe algo de la gloria de este Mediador, de Quien todo es deseable. Él es tan precioso en Sus Nombres, y especialmente en ese primer Nombre presentado a nosotros en el Domingo 11. Es el Nombre de Jesús —un Nombre que tiene un significado profundo, una gran trascendencia y un contenido inagotable.

Como seres humanos, podemos llevar un nombre que en realidad es inadecuado. Puede ser un nombre hermoso que no retrata nuestra vida en realidad. Puede ser un nombre bíblico que está en conflicto con nuestras acciones pecaminosas. Por lo tanto, un nombre no dice mucho de una persona. En nuestro mundo actual, un nombre no significa tanto. En el Paraíso, eso era diferente. Leemos en Génesis 2 que Adán fue llamado a dar nombres a todas y cada una de las criaturas. Dio nombres al ganado, a las aves y a otras criaturas. ¿Qué tipo de nombres dio? No solamente nombres que a él le gustaban, sino nombres que concordaron con esas criaturas, nombres que expresaron algo de su naturaleza específica. Adán miraba a todas las bestias, veía sus características innatas, y las llamaba de acuerdo con ello. Hoy en día hemos perdido esa práctica. “¿Qué hay en un nombre?” preguntó el poeta inglés Shakespeare. Los nombres no dicen mucho acerca del ser interno de alguien. Solamente sirven para distinguir a una persona de otra.

Es diferente con el Nombre del Hijo de Dios. Su *Nombre* es Jesús, y *Él* es Jesús. Jesús quiere decir Salvador o Libertador, y *Él* es el Salvador, el Libertador. Él es exactamente lo que Su Nombre nos dice —Jesús, el Salvador.

“¿Por qué el Hijo de Dios es llamado **Jesús**, que significa Salvador?” Así lee la primera pregunta en el Domingo 11. La Respuesta dice: “Porque nos salva y libra de todos nuestros pecados, y porque en ningún otro se debe buscar ni se puede hallar salvación.” Jesús es la forma griega de la combinación de los nombres hebreos Josué y Oseas. Se pueden encontrar estos nombres fácilmente en el Antiguo Testamento porque eran comunes entre los judíos. Por ejemplo, estaba Josué, el hijo de Nun. Como sucesor de Moisés, fue llamado a guiar al pueblo de Israel a la Tierra Prometida, la tierra de Canaán. El libro de Josué lleva su nombre. Y cuando el autor de la Epístola a los Hebreos se refiere a Josué, lo llama Jesús. Otro ejemplo es Josué, el sumo sacerdote, el hijo

de Josadac. Zacarías 3 lo retrata como un hombre con vestimentas viles. Había regresado del exilio en Babilonia, pero todavía tenía que ser limpiado.

Así que, aquí hay dos personas con el nombre Josué. El Señor es salvación, Jehová salva —ese es el significado de su nombre. Sin embargo, ellos no podían salvar. Tenían el nombre, pero no la realidad. Con el Señor Jesús, sin embargo, es diferente. Él lleva este Nombre con honor. Él es el Sumo Sacerdote que expía los pecados de Su pueblo, y Él ha llegado a ser el Autor de su salvación. Es el que es mayor que Josué: el Capitán de nuestra salvación, el Autor y Consumador de nuestra fe, como dice el apóstol. Él guía a Su pueblo del desierto de este mundo a la Canaán celestial, el lugar de eterna felicidad. Su Nombre es Jesús, y Él es Jesús. Vino para buscar y salvar lo que se había perdido.

¿Quién le dio el Nombre “Jesús”? Alguno dirá: “José”. No, el Padre le dio este Nombre. El ángel Gabriel anunció este Nombre a José en Mateo 1 y a María en Lucas 1. Tuvo que hacerlo como mensajero de Dios. Así que, fue Dios el Padre mismo quien dio este Nombre al Salvador. ¿Qué quiere decir eso? Que la salvación fluye del cielo; viene de Dios. Es una obra unilateral de la gracia libre y soberana. La salvación no proviene de lo interno del ser humano ni de su imaginación. Es obra de Dios, exclusiva y totalmente Suya. Eso es lo que quiere decir. No se puede esperar la salvación de usted ni de mí. Hemos pecado tan terriblemente y estamos totalmente perdidos, pero la salvación fluye del eterno beneplácito de Dios. Oh, es ese beneplácito divino que Dios tiene en Cristo hacia pecadores dignos de condenación. Es misericordia para hijos caídos de Adán que nunca preguntaron por Él.

A Jesús no solo se le *llama* Salvador; Él *es* el Salvador. Lo que el Padre decretó en la eternidad, Jesús se encargó de cumplirlo en el tiempo. Por Su venida a este mundo, por Su obediencia a la ley y por Su sufrimiento en la cruz, Él ha merecido la salvación eterna.

Lo que le hace tan glorioso es que Él trae una salvación cuyo fundamento es la justicia. Cuando Él salva a un pecador, Su Padre es glorificado. Cuando Él paga el precio por los pecadores y los redime con Su preciosa sangre, no lo hace a expensas de los atributos de Su Padre. Vino a satisfacer la justicia de Dios. ¿No cantaron los ángeles: “*Gloria a Dios en las alturas*”? (Lucas 2:14). Este fue Su primer propósito al venir: traer gloria a Su Padre, magnificar los atributos de Dios. Jóvenes, en la catequesis ustedes aprenden lo que son esos atributos. Son tan gloriosos, pero han sido mancillados; han sido violados por el hombre; son pisoteados por nosotros cada día. Hay solo Uno que los puede restaurar: el Señor Jesucristo. Él glorificó esos atributos mancillados. Por eso Dios puede perdonar a un pecador culpable. Dios no hace la vista gorda al pecado —¡oh no! Incluso cuando Él perdona a un pecador, Su santa justicia se mantiene firme. ¿Alguna vez le ha sido dado verlo? ¿Ha aprendido a postrarse ante esa justicia? Cuando el pueblo de Dios pierde la batalla, se convierte en barro en manos del Alfarero. Son llevados a amar a Dios en todos Sus atributos, también en el atributo de Su justicia. No desearían ser salvos si eso

implicase que alguno de sus atributos fuera mancillado. Pero ahora esa maravilla: el Señor Jesús ha glorificado los atributos de Dios en Su vida. Ha magnificado el honor de Dios con Su sangre. Eso es lo que le hace tan precioso y glorioso para un pecador cargado de culpa. En Él se abre un camino de escape aun para el más vil de los pecadores. En Sus sufrimientos hay una plenitud que jamás podrá agotarse.

Querida congregación, ¡qué privilegio que esta salvación nos sea proclamada en la Palabra de Dios semana tras semana! El Señor dice: *“Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y ninguno más hay”* (Isaías 45:22). Este es el mismo mensaje que resonó en la predicación del apóstol Pedro entre los judíos: *“Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”* (Hechos 4:12). Este es el mensaje que se lleva a los campos misioneros en medio de las tinieblas, el paganismo, la superstición y la idolatría. Este también es el mensaje que debería ser proclamado en el mundo islámico con su falso credo de que Mahoma es el profeta del Altísimo. Y es este mensaje el que debe seguir resonando en nuestra propia tierra, donde la verdad y el error se colocan lado a lado como si hubiera comunión entre la luz y las tinieblas; en nuestro país donde se permite decir de todo, excepto que Jesús es el único camino hacia la salvación.¹

Congregación, este es el mensaje del gozo verdadero y eterno. ¿Saben por qué? ¡Porque Jesús libra del pecado! No meramente libra de las consecuencias del pecado. Tal “liberación” es la característica distintiva de todos los falsos salvadores y de cada secta. Hablan de buena suerte, de una vida fácil, de un cuerpo salvable y de cuanto uno desee. Afirman tratar con las consecuencias del pecado, pero se quedan allí. Prometen mucho, pero no dan nada, y luego le pasan la factura. El Señor Jesús es diferente. Va a la raíz de nuestra miseria. Trata con nuestro corazón pecaminoso, repara la brecha entre un Dios santo y un hombre pecador, y trae verdadera liberación.

¿Qué significa el Nombre de Jesús para usted? Aún este Nombre es proclamado a todos ustedes. Les dice que las cosas que les faltan se hallan sólo en Él y que pueden recibirlas sólo por gracia gratuita. Este Nombre nos dice que aun el más vil y abominable pecador puede ser salvo de sus pecados e iniquidades. Oh, si al final del viaje de la vida usted se pierde para siempre, no diga que no oyó hablar de ese Nombre único. Se perderá porque no quiso postrarse. *“Y no quisiste”*, dijo el Señor Jesús en Mateo 23:37. No dice: *“Y no pudiste”*—aunque eso también es cierto. Si nos perdemos para siempre será, en última instancia, porque no quisimos buscar refugio debajo de Sus alas, porque rechazamos al único Salvador, el Rey de reyes y Señor de señores.

Jóvenes, el Señor les está llamando en la flor de su vida. ¿Lo buscarán ahora, mientras aún puede ser hallado? No lo posterguen, y no digan: “Primero quiero disfrutar de la vida”. Si buscan

¹ El autor hace referencia al contexto europeo-norteamericano.

verdadera felicidad, ¿por qué no inclinarse ante el Señor? Si buscan verdadero gozo, ¿por qué ir a las cisternas rotas que no retienen agua? Este mundo los dejará tan pobres como ya son, y, finalmente, los enviará a la eternidad con un alma perdida, una conciencia culpable y sin esperanza alguna. Recuerden, el Señor aún los está llamando.

Hay jóvenes que se involucran en las drogas y desarrollan una adicción. Algunos logran recuperarse, pero la mayoría no lo logra jamás. Arruinan sus vidas y las vidas de sus padres. Quizá diga: “Algunas drogas no son tan malas como otras”. Eso puede ser cierto. Hay drogas extremadamente destructivas cuyo daño es irreparable. Algunas causan una adicción mental, de modo que uno ya no puede vivir sin ellas, y otras generan una adicción física, de modo que el cuerpo las ansía, incluso si uno desea dejarlas. También hay drogas que conducen a una doble adicción, tanto mental como física. Puede ser cierto que algunas sean más peligrosas que otras, pero no hay droga que no sea peligrosa. Los primeros pasos en este camino son pasos en una pendiente resbaladiza. Después de un tiempo, ya no queda satisfecho con poco y cada vez desea más. Necesita una dosis mayor o sustancias más fuertes para sentir la misma emoción, y allí se va. Las personas que le ayudan a obtener estas sustancias no son amigos. Son asesinos. Quieren aprovecharse de usted. Ese es su propósito. ¡Oh, esté atento! Somos tan curiosos y nos sobrestimamos a nosotros mismos. Esa es parte del problema. Cedemos tan fácilmente a la presión de grupo porque no queremos ser marginados. Sin embargo, consumir drogas ilícitas es pecado contra Dios. También es pecado contra su cuerpo y contra su espíritu. Destruirá su vida. Es pecado incluso contra su familia, contra su padre y su madre. Les romperá el corazón. ¡Nunca se involucre en ello! Y si ya está en ello, regrese. Se lo suplicamos y advertimos con todo el amor de nuestro corazón. Arrodílese y sepa que el Señor puede darle fuerzas. Hay un gran Libertador: Su Nombre es Jesús. Ese es el mensaje de la Biblia y el mensaje de nuestro Catecismo. Necesitamos liberación; necesitamos salvación.

¿Necesitamos liberación solamente de los hábitos pecaminosos y las prácticas mundanas? No, necesitamos mucho más que eso. Necesitamos un nuevo corazón. Necesitamos ser convertidos del pecado a Dios, no solo del vicio a la virtud o del bar a la iglesia. ¿Lo recordaremos? Lo que necesitamos es una verdadera conversión. Necesitamos liberación del pecado: de la culpa del pecado y de su poder. Necesitamos ser restaurados a la comunión con Dios. ¿Es aún posible? Sí, lo es. El camino aún está abierto para una Rahab, para un Manasés y para un Saulo de Tarso. La salvación ha sido ganada por Jesús, pero —no lo olviden— ¡la salvación también debe ser aplicada!

Por naturaleza, no participamos de esa salvación. Somos ajenos a ella y ni nos damos cuenta. Eso es lo peor: somos tan ciegos. En nuestra profunda caída, nos hemos convertido en enemigos de nuestra propia salvación; no solo enemigos de Dios y de nuestro prójimo, sino también enemigos de nuestra propia salvación. ¿Lo creen? No, no lo creen. Porque si lo creyeran, no estarían tan cómodos; ya no podrían seguir en ese camino. Pídanle al Señor que les muestre

cuán pobres son, cuán ciegos y cuán miserables. Es un privilegio escuchar que la salvación aún es posible de parte de Dios, pero eso no es suficiente. Usted necesita participar de esta salvación personalmente. En otras palabras, debe convertirse en un pecador perdido ante el Señor, y el Nombre de Jesús debe convertirse en precioso para usted de una forma muy personal.

Segundo pensamiento. El Nombre de Jesús es amado por los pecadores.

La respuesta a la Pregunta 29, “¿Por qué el Hijo de Dios es llamado **Jesús**, que significa Salvador?”, contiene un tono profundamente personal. Dice: “Porque **nos** salva y libra de todos **nuestros** pecados”. ¿Lo ven? Es profundamente personal. No se trata de otros, sino de nosotros. Es un asunto personal. “Porque **nos** salva.” El ángel Gabriel dijo: “Y llamarás su nombre **JESÚS**, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21). Aquí, en el Domingo 11, tenemos la respuesta de la fe, el eco de un alma pobre y necesitada. Aquí escuchamos a los hijos de Dios hablando: “**Nos** salva y libra de todos nuestros pecados”. Oh, cuán felices aquellos que pueden decir con una base sólida: “Su Nombre es Jesús, y Él me salvó —a mí, el primero de los pecadores, el más pequeño de todos los santos”.

Congregación, cuando el Señor comienza una obra salvadora en su vida, entonces —suena como una paradoja— usted comienza a ver que no es salvo. Por primera vez en su vida, se da cuenta con tristeza y vergüenza que debe morir y que no puede morir. Allí comienza todo, cuando la salvación es aplicada. Una tristeza espiritual nace en el corazón. Un luto indescriptible comienza a brotar en lo profundo de nuestro ser. Un llanto asciende al cielo: “¡Oh, he pecado contra Dios! He peleado contra Él, y no hago otra cosa que provocarlo”. Nuestra tristeza más grande no es que hemos traído problemas sobre nosotros, sino que hemos ofendido a Dios, un Dios bondadoso y justo. Ya no nos sentimos en casa aquí abajo. Abandonamos a nuestros amigos mundanos y deseamos unirnos al pueblo bendito y querido de Dios. Tal como Rut, decidimos seguirlos incondicionalmente a dondequiera que vayan. “*Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios*” (Rut 1:16). No, no nos atrevemos a llamarnos hijos de Dios. Nos alejamos y lamentamos a causa del pecado.

¿Es esta también su experiencia? Hay algo dulce en este clamor al Señor. Se derraman lágrimas amargas, sin embargo, esas lágrimas son a la vez dulces. No quisieran cambiarlas ni siquiera por cien bolsas de oro. Hay más gozo en una lágrima derramada por un corazón quebrantado delante del Dios vivo que en todo el supuesto gozo del mundo. Hay un amor maravilloso en esas lágrimas, un amor inexplicable. Sin embargo, usted es inconverso —por lo menos así se siente. Así va a la iglesia, y así sale de la iglesia. Inconverso —así va al trabajo y así vuelve a su hogar. ¡Inconverso, inconverso! Oh, ¡que aprendamos que no *vamos* a la perdición, sino que ya *estamos* perdidos! No piensen que tales personas son indiferentes. Siempre las hallarán en la iglesia cuando se les presente la oportunidad. La lectura y predicación de la Palabra de Dios es muy preciosa para ellas. No tienen nada, pero a veces presionan esa Palabra contra sus corazones, para abrazarla

con fuerza. A veces la leen con lágrimas, y la besan incluso cuando les condena: *“¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación”* (Salmo 119:97). ¿Qué tienen? No tienen nada. Lo bueno siempre es para otros. Las promesas del evangelio son para el pueblo de Dios, y las maldiciones de la ley para ellos. ¿Lo entienden? ¿O es lenguaje extraño?

Cuán grande es para tales pobres y necesitados cuando algo de luz alumbra a esa bendita Persona; cuando, por primera vez en sus vidas, el Nombre de Jesús recibe valor y significado; cuando, por ejemplo, una palabra del evangelio es puesta sobre sus corazones por el Señor, como: *“Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”* (Mateo 11:28). Entonces el Nombre de Jesús se vuelve tan precioso porque este Nombre expresa que el Hijo de Dios se hizo hombre y descendió al abismo más profundo. Este Nombre se vuelve tan precioso. Jesús libra del mayor mal y conduce al mayor bien. Él salva del pecado, y restaura la comunión con un Dios Trino. Él hace a Su pueblo vacío de sí mismo y lleno de Dios.

Oh, ¡cuán precioso evangelio es este para un pueblo que ya no puede ser salvo! Pecador quebrantado, pobre y necesitado en nuestro medio, usted que siempre dice: “Soy un forastero”. Cuando se ve a sí mismo, no tiene esperanza ni expectativa. Por eso, aparte la mirada de usted mismo y mire a este Jesús. Y cuando lo contemple, dígame si no tiene todo lo que usted necesita para ser salvo. Quizá diga: “Sí, pero mis pecados son tantos; son tan horribles”. Bueno, Él dice: *“Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”* (Isaías 1:18). Quizá diga: “Sí, pero tengo un corazón tan duro, es como si fuera de piedra”. ¿Saben lo que Él dice? *“Y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne”* (Ezequiel 36:26). Usted dice: “Sí, pero no puedo orar; mi oración es como un hedor en las narices de un Dios santo y como el aullido de un perro en los oídos de los hijos de Dios”. Es cierto, no lo negaré. No podemos orar correctamente. Sin embargo, la intercesión de Jesús a la diestra del Padre abre el camino al trono de la gracia aún para el más abominable pecador que se siente incapaz de orar.

Congregación, ¿Por qué será que a menudo toma tanto tiempo antes de que un pecador venga a Cristo? ¿Qué es lo que hace que la salvación sea tan difícil? ¿Qué es lo que la hace tan imposible? Es que no queremos vernos perdidos a nosotros mismos. Hay también otro lado. El Señor es libre y soberano, y nadie puede recibir algo a menos que le sea dado de arriba. Pero de nuestro lado hay este gran obstáculo: no queremos perder nuestra vida. Piensen en la mujer con el flujo de sangre. ¡Cuántos médicos visitó ella! ¡Cuántos medios intentó utilizar! ¡Por cuántos años siguió con su enfermedad, hasta que, al final, se acabó! Entonces llegó el tiempo del Señor en que se revelaría a ella. La obra del Espíritu Santo es tan necesaria para quebrantarnos y cortarnos de todo, de modo que caigamos a Sus pies y seamos traídos a estar de acuerdo con Él. Oh, ¡ese es un lugar tan bendito, inclinarse ante Dios a Sus pies y experimentar que la salvación es del Señor! ¿Qué es experimentar la salvación? Es esperar que uno se perderá para siempre, pero entonces recibir vida. Es decir con el hijo pródigo: *“ya no soy digno de ser llamado tu hijo”*

(Lucas 15:21), pero entonces ser abrazado por brazos de amor eterno. Es no ver nada más que culpa y muerte, pero entonces recibir ojos de fe para mirar hacia un precioso y todo-suficiente Jesús. Eso es la salvación. Es perder todo, pero entonces ser restaurado al favor de Dios por medio de Cristo.

Niños y niñas, la salvación no es simplemente escapar del castigo. A veces podemos pensar que esto es lo que significa. Cuando escuchamos acerca del infierno, nos asusta tanto. Pensamos que la salvación implica ya no ir al infierno, sino al cielo. Sin embargo, la salvación es algo diferente. Es algo mucho más grande. La salvación implica ser librados del pecado y ser restaurados a la comunión con Dios. ¿Son palabras difíciles de comprender? ¿Saben lo que significan? Entonces déjenme decirlo de forma muy sencilla. ¿Saben qué es el cielo? El cielo es el lugar donde Dios está; y donde Dios no está, no está el cielo. Allí está el infierno. Así que, ¿qué quiere decir la salvación? Quiere decir estar con el Señor, aquí en el principio, y algún día, para siempre. ¿Saben dónde comienza? ¡Aquí, ya! “Nos salva”, dice en nuestro Catecismo —no “nos *salvará*” (en el futuro), sino “nos *salva*” (en el presente). Comienza aquí. Él libra, Él salva. ¿Ya *ha* librado? ¿Ya *ha* salvado? No dice eso tampoco. Los hijos de Dios aún están lejos de ser perfectos. Aún hay muchas cosas que los agobian. ¡Cuánto suspiran de día en día! ¡Cuánto gimen y anhelan ver terminada su batalla! Por eso, siguen necesitando al Salvador. Cada vez más quiénes son y lo que permanecen siendo en ellos mismos. Y cada vez más verán también cuán rico es su Salvador y cuánta abundancia hay en Él para suplir todas sus necesidades.

Congregación, hemos considerado el Nombre llevado por el Hijo de Dios y amado por los pecadores. El Nombre de Jesús se vuelve tan precioso en su culpa y tristeza. ¿No lo amarían de corazón a Aquel que se dio a sí mismo por ellos, hasta la muerte, y muerte de cruz? Jesús, Salvador: es el más hermoso de todos los Nombres. El Hijo de Dios tiene muchos Nombres —hay cientos de ellos en la Biblia— pero este es el más dulce. Este Nombre es como un ungüento precioso.

Vengan, cantemos de esto del Salterio 15:2-3.

* * * * *

Tercer pensamiento. El Nombre de Jesús es negado por los “cristianos de boca”.

El Nombre de Jesús no solo es llevado por el Hijo de Dios, ni solo es amado por los pecadores, sino que también es negado por los cristianos de boca. La última pregunta lo señala claramente: “¿Creen pues también en el único Salvador Jesús aquellos que buscan su salvación en los santos, o en sí mismos o en cualquier otra parte?” Por supuesto, al escuchar estas palabras, pensamos en los católicos romanos, claramente señalados aquí. Ellos buscan su salvación y bienestar en los “santos” (es decir, en María, Pedro y otros), “en sí mismos” (a través de sus buenas obras), o

“en cualquier otra parte” (por ejemplo, en objetos sagrados). El Catecismo afirma que tales cristianos nominales no creen en Jesús. Cuando dos personas dicen la misma cosa, no siempre significa lo mismo. Job dijo: “he pecado”, y también lo dijo Judas, pero había un mundo de diferencia entre esas dos confesiones. Lo mismo ocurre cuando se toma el Nombre de Jesús en los labios. Podemos pronunciar ese Nombre, jactarnos de Él, y aun así, al mismo tiempo, ser completamente extraños a Él.

El Catecismo es muy tajante y muy honesto, pero es precisamente eso lo que necesitamos. Debemos ser honestos con nosotros mismos y también con los demás. Quizá usted diga: “Este es un juicio duro y sin misericordia. Los católicos romanos solo querían añadir algo a la obra de Cristo. No querían reemplazarlo”. Usted tiene razón, pero añadir algo a la obra de Cristo es imposible. Es una negación rotunda de Su obra y un insulto a Su Persona. Jesús o es todo o es nada —no hay término medio. ¿Saben lo que queremos, en lo profundo de nuestro corazón? Queremos un Salvador que ayude, un Salvador que complete lo que nos falta. Pero Jesús nunca hará eso. Él no es un Salvador que solo ayuda a personas imperfectas; Él es un Salvador perfecto para aquellos que están totalmente perdidos y completamente depravados. Eso es lo que Él quiere ser: un Salvador perfecto.

De hecho, este fue el glorioso redescubrimiento de la Reforma: Solo la Escritura, solo la fe, solo la gracia y solo Cristo. Nada puede añadirse a Cristo; nada puede añadirse a Su sacrificio; nada necesita añadirse a Su obra. Esta fue la confesión por la que nuestros antepasados fueron quemados en la hoguera. No abandonemos esta confesión en nuestra era de la llamada tolerancia. El Domingo 11 ha sido escrito con la sangre de los mártires, y su contenido no es menos que una glorificación de la sangre de Cristo. Negar que Jesús es un Salvador perfecto es un insulto descarado al Padre, a Aquel que ha provisto el Cordero de Dios y, en Él, todo lo que necesitamos. Tal negación entristece a Cristo como si Él hubiera derramado Su sangre en vano. Quita la ofensa del evangelio, roba al evangelio su fuerza y consuelo, y es dañina para nosotros. Según uno de los teólogos antiguos, hay más almas que perecen a causa de errores y herejías que por el pecado y la iniquidad.

Congregación, no tenemos que buscar los errores solo entre los católicos romanos; debemos buscarlos también en nuestros propios corazones. Es claro que nuestra doctrina es diferente, lo cual es una razón para estar agradecidos, pero nuestros corazones no son diferentes; son iguales. Lutero dijo una vez: “Si me cortas y me abres, saldrá un Papa de dentro”. Somos tan justos ante nuestros propios ojos. Oramos, hacemos nuestro mejor esfuerzo y hacemos de esos esfuerzos nuestra esperanza para la eternidad. Confiamos en nosotros mismos. ¿Han sido abiertos nuestros ojos a esto? Entonces nos inclinaremos, humillados hasta el polvo. Sí, defenderemos la verdad. No queremos ceder. Rechazamos firmemente todo error y falsedad. Pero también hablaremos en humildad porque el papa vive en nuestro propio corazón.

Esto nos toca de cerca, ¿no es así? Piensen en los protestantes que siguieron a Arminio y los Remonstrantes. Ellos no decían: “Debemos salvarnos por nuestras buenas obras”. Su error era aún más refinado. Decían: “Debemos estar dispuestos a creer; depende de nuestra cooperación si vamos a ser salvos o no”. Los arminianos pueden utilizar expresiones educadas y ortodoxas, y eso lo hace muy resbaladizo. Hay una cierta forma de predicación de la cual casi no puede decirse: “Esto es incorrecto”. Hasta cierto punto suena bíblica, pero lo que le falta es un Salvador perfecto, el Salvador que no solo *mereció* la salvación, sino que también *aplica* la salvación. Se escucha acerca del deber del hombre, pero no acerca de la obra del Espíritu Santo ni de la experiencia del pueblo de Dios. ¡Rechúya esa predicación! ¡No confíe su alma a ello!

Por otro lado, podemos hablar acerca de nuestras experiencias, las cuales pueden ser dulces y profundas, pero queda la pregunta: ¿Quién es Cristo para usted? ¿No es Él su todo y en todo? Entonces temo que su religión no tenga raíz. Podemos hablar muchísimo acerca de cosas que han sucedido en nuestras vidas, pero si Cristo no está en ellas, debemos examinarnos para ver si nos estamos engañando para una eternidad que nunca terminará.

Oh, seamos honestos. Tenemos tanto en qué apoyarnos —buenos pensamientos de nosotros mismos, “santos”, hijos o siervos de Dios cuya aprobación buscamos. Sin embargo, todo esto nos abandonará en la hora de nuestra muerte.

Pueblo del Señor, Cristo tuvo que ser revelado en sus vidas. Él no era nada para ustedes. Cuando fueron detenidos en su loca carrera hacia el infierno, se convirtieron en pecadores preocupados, pero Cristo era una Persona escondida para usted; no tenía parecer ni hermosura. Sin embargo, cuando el Señor continuó revelándose a usted, se hizo espacio para Él. No podía estar sin un Mediador. Entonces —¡oh maravilla!— fue revelado a usted. Usted vio tanto en Él. Jesús se volvió precioso y necesario, pero aún no lo era todo. Para tal fin el Señor tuvo que continuar con Su obra, despojándole de todo aquello en lo que confía. Entonces usted se convirtió en un gran cero, y Jesús pasó a serlo todo —no solo *mucho* sino *todo*. Sin embargo, usted también tiene que inclinar la cabeza en este momento. ¿Cuántos salvadores ya ha abrazado? ¿Cuántas varas de caña han traspasado su mano? Tantas veces se ha desviado para poner otra vez su confianza en un amigo u otra persona, y fue profundamente decepcionado. Tiene que aprender la misma lección, una y otra vez. Sin embargo, el Señor es paciente. Se asegurará de que usted continúe perdiéndolo todo para que no le quede nada sino Jesús. Porque “necesariamente resulta, o que Jesús no es perfecto Salvador o que aquellos que con verdadera fe le reciben por Salvador tienen que poseer en Él todo lo necesario para su salvación.”

Congregación, el Nombre de Jesús ha sido proclamado en el Domingo 11 de nuestro Catecismo. Es ese Nombre digno, llevado por el Hijo de Dios, amado por los pecadores, y negado por los cristianos de boca. ¿Dónde está usted? ¿Dónde está su vida? Mi oración ferviente por ustedes es que se conviertan en pecadores pobres y culpables ante Dios, pecadores completamente

perdidos que no pueden hacer nada más que clamar: “Dame a Jesús, si no, muero.” Si usted se convierte en un pecador totalmente perdido, Jesús puede convertirse en el Salvador. Y si usted *permanece* siendo tal pecador, Jesús puede permanecer siendo el Salvador. Amén.

Salterio 196:1,2